

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO X.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Apóstoles, 11, bajo.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 410.

Los Salicilatos de Bismuto Y CÉRIO DE VIVAS PÉREZ

Aceptados de Real orden por el Ministerio de Marina y recomendados por Academias de medicina nacionales y extranjeras

CURAN PRONTO Y BIEN

A LOS ANCIANOS, A LOS TÍSICOS,

A LOS DISENTÉRICOS, cuya vida se extingue sin un remedio verdaderamente herálico que corte su diarrea mortal casi siempre;

A LAS EMBARAZADAS, cuyos vómitos, que hacen peligrosa su vida y la de sus hijos, al par de padecer en forma desesperante;

A LOS NIÑOS en la dentición y dentado; á los que padecen

CATARROS Y ÚLCERAS DE ESTÓMAGO y á todos los que padecen VÓMITOS Y DIARREAS,

TIFUS Y AFRECCIONES HÚMEDAS DE LA PIEL.

Pídanse en todas las Farmacias y Droguerías del mundo

SALICILATOS VIVAS PÉREZ

Desconfíe de las falsificaciones ó imitaciones, porque no darán resultado.

A nuestros lectores

En el centro de suscripciones establecido en las oficinas de LA JUVENTUD LITERARIA, Apóstoles 11, bajo, se sirven por cuadernos semanales todas las novelas de Pérez Escrich, Alvaro Carrillo Luis de Val, Julian Castellanos, Pérez Galdós, Pereda, Fernandez y Gonzalez y otros autores de merecida reputación.

También servimos, por cuadernos, la Historia de Europa en el siglo XIX, por Emilio Castelar.

OBRAS COMPLETAS.

Diccionarios de Roque Bárcia; Popular Universal de la Lengua Española; geografía de Malte-Brún, César Cantú y otras obras terminadas, á pagar cinco pesetas mensuales.

En el *Café del Arenal* (antiguo de Sevilla) se servirán hoy los helados: mantecado, avellana, crema de lima y vainilla.

SERVICIO A DOMICILIO

Recibos para alquileres de casa, á DOS PESETAS el ciento, se venden en la imprenta de este periódico, Apóstoles, 11, bajo.



MURCIA 27 DE FEBRERO DE 1898.

La Juventud Literaria

NIEVE

I.

Era una noche de invierno, tan sombría y solitaria como el callado recinto en que los muertos descansan; espesa lluvia de nieve, disuelta en copos bajaba, toda la ciudad cubriendo lo mismo que una mortaja; por las silenciosas calles ni un sér viviente cruzaba, y hasta de frío las luces de los faroles temblaban. ¿Te acuerdas? Era una noche muy oscura y muy helada, noche imponente y terrible en la que tú no esperabas que yo, como siempre amante, hasta tu reja llegara, para contarte mis penas, mis desvelos y mis ansias. Tú ignorabas que el cariño, cuando de veras se ama, ni en peligros se detiene ni le teme á las distancias, porque el cariño que es puro todos los abismos salva, y ni la nieve lo enfria ni en obstáculos repara, pues en el dolor se templó y en el martirio se agranda. Por eso, yo para verte, fui, como siempre, á tu casa, por el amor impulsado, llena de ilusión el alma, pues siendo mi dicha amarte, la nieve, ¿qué me importaba?

II.

Desde aquella negra noche, por mí jamás olvidada, ha pasado mucho tiempo, ¡y el tiempo no en balde pasa! La tristeza que me sigue, el pesar que me acompaña, mis ilusiones marchitas y mis muertas esperanzas, me recuerdan de continuo que todo en el mundo cambia, que no hay un bien duradero, que toda dicha se acaba, que los sueños son mentira y que las glorias son nada. A la luz de la experiencia hoy todo dice á mi alma:

¡lo que la nieve no enfria un desengaño lo apaga!

JOSE TOLOSA HERNANDEZ



DOS MATAORES

No es un cuento lo que voy á escribir; es un *sucedío* como lo titulaba la persona que me refirió el hecho; persona sería, aunque mal avenida con la gramática, y hombre de cuya veracidad casi me atrevo á responder.

La cosa me gustó, porque es una tragicomedia verdaderamente española. De modo que paso á referirla al público con todos sus pelos y señales, y valga por lo que valiere:

Hará próximamente veintiocho ó treinta años del suceso, y campaba entonces por su respeto en el campo de Córdoba, el famoso Pacheco, aquel Pacheco muerto de un tiro en las calles de la población andaluza; un bandido de los que da el terreno, valiente, generoso, con sus puntas y ribetes de bravucon, rerror de la comarca y usufructuario, por derecho de batería, de todos aquellos capitales significativos por un cortijo en la sierra ó una finca en los alrededores de la ciudad.

Treinta años hace de esto, y el mismo tiempo que llegó á Córdoba, por vez primera, uno de los matadores de toros que más aplausos, más fama y más dinero han conquistado en esta patria de los Redondos, Dominguez, «Lagartijos», «Frasuelos» y «Guerritas».

Reservo el nombre del matador por que no le he pedido autorización para estamparlo aquí; pero quien haya tenido y tenga afición lo conocerá en cuanto le diga que es el hombre que más se ha apretado con los toros de veinticinco años á esta parte.

Llegó á Córdoba el espada y «Lagartijo» creyéndose obligado á darle una comida; comida de toreros, con mucho vino, mucha alegría, su mija de guitarra, un poco de cante y un cielo de mujeres hermosas, de esas mujeres que Mahoma puso al lado de Dios y llevan en sus venas la sangre de los Abderramanes caldeada por el sol de oro de Andalucía. Claro que la comida se convirtió en juerga, y que, al mediar de la noche salieron de casa del último

«cañifa» cordobés el matador forastero y su cuadrilla, más que medianamente borrachos.

Y borrachos llegaron todos frente á la puerta de un *colmao*, y entraron en él y pidieron unas cañas de vino.

Estaba allí, recostado á la parte de fuera del mostrador, un hombre del campo vestido con riqueza, bajo de estatura, ancho de hombros, duro de entrecejo, reservado de actitud y más que encogido de ademanes.

—Eche usted unos asos *pa tóos*—exclamó el matador.

Sirvióle el tabernero; pidió otros el espada, convidó al campesino, y éste dijo, encarándose con el amo del establecimiento cuando los otros iban á retirarse:—Convide *osté* á los señores.

—Oiga usted—respondió el espada:—donde hay un *mataor* de toros no paga nadie. Con que, vamos, muchachos.—El que á mí me convida tiene que aceptar mi convite, respondió el campesino.—¡Quiá!—Le digo á *osté* que sí.—Y yo á usted que no.—¡Que sí!—¡Que no!

Y como las cabezas estaban calientes y la sangre española es pronta y rápida para la lucha, adelantó el espada, levantó la mano, y golpeó con ella la cara del paisano andaluz.

Hízose este hacia atrás, puso mano en el bolsillo de la chaqueta, indicó un movimiento de avance, se detuvo luego, enarcó el entrecejo, miró al espada con serenos ojos, dijo: «Está bien» y se plantó en la calle.

—¿Qué ha hecho usted?—gritó el tabernero.—¿Sabe usted quién es el hombre á quien acaba de abofetear?—¿Quién?—¡Pacheco!

—Tío el vino que llevaba en la cabeza se me bajó á los pies, aseguran que exclamó el valiente espada: ¡Pacheco!... ¡Como quien dice, la Extremaduración!

Y comprendiendo que se había metido en una mala faena, salió á la calle poco menos que custodiado por los hombres de su cuadrilla.

—El vendrá á buscarme—dijo á sus picadores y banderilleros. Cuando venga avisadme.

Y con la intranquilidad consiguiente á golpear á un *guapo* terror de Córdoba, y obligado por las necesidades de su oficio á ser *guapo* siempre, esperó el matador sentado en una silla, sin decidirse á meterse en la cama.

